

Redes de museos: conexiones y enredos

FERNANDO ESTÉVEZ GONZÁLEZ

Las ya muy numerosas redes de museos locales, entre las que tienen una cierta trayectoria y las que viven más bien como declaraciones de intenciones, están demandando un debate más sistemático y en profundidad por parte de los profesionales. La dedicación de estas Jornadas a esta problemática es un claro indicador de que las redes de museos han cobrado entidad entre los más interesados en la gestión y perspectivas de los museos locales. En esa línea, las consideraciones que siguen —resultado por una parte de la observación de la dinámica seguida en los últimos diez años por la Red Insular de Museos de Tenerife (auspiciada por el Organismo Autónomo de Museos y Centros del Cabildo de Tenerife) y, por otra, del seguimiento de experiencias similares en otros contextos—, pretenden introducir algunas cuestiones en la agenda de los debates sobre redes de museos locales, evitando sin embargo circunscribirlas a casos concretos o casuísticas particulares.

Las bondades expresadas en las formulaciones de principios y declaraciones de intenciones en la promoción de las redes de museos, esconden muchas veces aspectos muy problemáticos, más allá de los que aparecen como más evidentes en relación a su gestión y mantenimiento. Sin que suponga ni una lista cerrada ni una exposición de prioridades, cabría considerar los siguientes aspectos. En primer lugar, que las redes de museos locales no pueden soslayar dos de las grandes dicotomías que atraviesan a los museos en la actualidad: la encrucijada creada entre lo local y lo global y la oposición Disciplinar/transdisciplinar. La primera remite sobre todo a los problemas sobre el alcance territorial de esas redes, mientras que la segunda afecta a las orientaciones temáticas y disciplinares de los museos. En segundo lugar, no se puede perder de vista que, al igual que lo museos

Museo

Redes de museos: conexiones y enredos.

tomados individualizadamente, las redes de museos también forman parte, y de hecho actúan, como un agente de primer orden en el terreno del “revival” identitario de las últimas décadas. En ese sentido, inevitablemente, uno de los problemas de las redes de museos se deriva de ejercicio de tutela y control por parte de las instituciones políticas que las patrocinan. En tercer lugar, las redes de museos también están atravesadas, si cabe en mayor medida que cada museo en particular, por los procesos de “macdonaldización” de las industrias turística y del ocio, fenómenos que han terminado por afectar también sobremanera a las instituciones museísticas. Es claro, en este contexto, que si los profesionales de los museos quieren evitar la desaparición de sus “culturas” museísticas, han de evitar que las redes de museos actúen como mecanismos de uniformización de la gestión y orientación de los museos. En cuarto lugar, y estrechamente vinculado con lo anterior, se ha de considerar que, más allá de los efectos homogeneizadores de la globalización, la aplicación de la misma museografía, resultado a su vez de los mismos planteamientos museológicos, es una de las principales causas de la “clonación” que en la actualidad caracteriza a muchos museos territorialmente distantes y temáticamente alejados. En ese sentido, es inevitable plantearse en qué medida una museografía cada vez más “universalizada”, cada vez más común, no impide el que se supone es uno de los objetivos primarios de las redes de museos como el es el de contribuir a la diferenciación y valorización de los patrimonios locales. Finalmente, se plantea la importancia de las iniciativas y políticas de normalización de fondos y colecciones de museos como una de las potencialmente principales misiones de las redes de museos locales.

Desde la unificación de criterios de catalogación de colecciones hasta el préstamo de fondos y exposiciones, pasando por el intercambio de experiencias en la didáctica y la gestión administrativa, los museos siguen arrastrando las ya viejas dificultades para establecer marcos estables de colaboración. Entre las muchas iniciativas desarrolladas en este sentido, en los últimos años han proliferado, en el ámbito local, las propuestas de creación de redes de museos. No es casual que a estas iniciativas de colaboración institucional, en su mayoría impulsadas por las administraciones públicas, se las denomine redes, ni que esta denominación se haya generalizado tan rápidamente. Red es, sin duda, una de las metáforas más recurrentes, tanto en las ciencias como en las humanidades, para caracterizar el mundo contemporáneo. Obviamente, su éxito está relacionado con la popularización de las telecomunicaciones y específicamente de Internet, que han marcado las acepciones dominantes de este término. Lejos de ser una mera cuestión nominalista, el término red remite hoy a tantas y tan diferentes acepciones que, de hecho, parten y dan lugar a epistemológicas y metodológicas abiertamente diferentes (Latour 1999). El caso es que las más recientes iniciativas de colaboración entre museos locales tienden a denominarse, a configurarse o a organizarse como redes.

No obstante su actual popularidad, la creación de redes de museos locales no ha significado, en un buen número de casos, su implantación de hecho sino que, más bien, ha quedado reducida a una meta, una enumeración de objetivos y, en muchos casos, una mera referencia. Por lo demás, confundiendo las declaraciones de principios con la dinámica real de los museos, entre los entusiastas de las redes de museos locales se habla mucho

de las bondades y beneficios de las mismas y poco de sus inconvenientes y potenciales peligros. En esa línea, a lo sumo el debate queda reducido a las dificultades “técnicas” para su puesta en marcha y para su mantenimiento, obviando los impactos sobre los museos que se adscriben a esas redes. En primer lugar, en todas las propuestas de redes de museos locales se pueden apreciar dos pares de dicotomías que mediatizan sobremanera su configuración: global-local y disciplinar-transdisciplinar. La primera dicotomía, heredera de otras como centro-periferia, apunta al alcance y organización territorial de las redes. Se parte aquí de la premisa, por lo general no formulada explícitamente, de que las redes de museos locales deben ser una respuesta a la globalización, entendida ésta como un peligro para la autonomía y futuro de los museos locales. Las redes de museos se conciben, en este sentido, como mecanismos de resistencia, como una salvaguarda frente a la uniformización. Sin embargo, dado que la creación de las redes de museos locales es impulsada generalmente por las instancias políticas locales, estas redes tienden a ser un reflejo, cuando no una extrapolación, de las organizaciones política-administrativas a las que pertenecen tales instancias, ya sean comunidades autónomas, provincias, islas, comarcas, municipios... Esta dinámica se deriva de la “naturalización” de esas organizaciones política-administrativas, una concepción que, por otra parte, también es asumida por los profesionales de los museos, que las consideran asimismo como dadas e inamovibles. La consecuencia más notoria de esta “naturalización” es que imposibilita en la práctica la creación de redes de museos locales fuera del marco las divisiones político-administrativas establecidas. Otros criterios de organización, que pudieran ser más operativos para colaboración entre los museos locales, más allá de su estricta circunscripción terri-

torial, quedan así neutralizados.

Pero a los problemas provocados por su configuración territorial, a las redes de museos locales se le solapan los derivados de su orientación o adscripción temática. Pese a muchas declaraciones de principios sobre la interdisciplinaridad que inspira la creación de las redes, la tendencia parece apuntar a una más o menos radical separación entre los museos de arte y el “resto” y, dentro de la segunda categoría, a una afinidad de los museos “históricos” y “etnográficos”. Esto también remite a otra “naturalización”, por medio de la cual, los profesionales de los museos aceptan a priori que las divisiones del conocimiento académico, en especial la división de las disciplinas universitarias, deben corresponder asimismo a los diferentes tipos de museos. Y al igual que el mimetismo político-administrativo puede impedir la colaboración de los museos locales trascendiendo su marco territorial, el otorgar carta de naturaleza a las divisiones del conocimiento académico como criterio básico para el establecimiento de los museos puede también estar impidiendo, no sólo la colaboración entre éstos sino, probablemente, la mejora de la oferta museística a escala local. En los últimos años se han venido produciendo, dentro de las ciencias sociales y las humanidades, significativos impulsos hacia la investigación y la enseñanza transdisciplinares; paradójicamente, en los museos estas orientaciones sólo han tenido un tímido reflejo.

Por otra parte, en el debate sobre las redes de museos locales no se puede obviar el papel que éstas desempeñan en el terreno de las identidades culturales. Impulsadas y auspiciadas por las instituciones políticas, las redes de museos locales otorgan a éstas una legitimación ideológica por medio de la cesión de su tradición y prestigio cul-

Museo

Redes de museos: conexiones y enredos.

tural. Ahora bien, esa legitimación está básicamente enlazada a las políticas identitarias locales. Hay un amplio conjunto de trabajos, viejos y nuevos, sobre la interrelación de los museos y la política y, específicamente, sobre el papel que los museos han jugado como depositarios y vehículos de representación de las diferentes culturas nacionales (Boswell and Evans 1999; Bouquet 2000; Hallam and Street 1999). En la posmodernidad se pretende, además, que los museos sirvan también como proyecciones de las culturas locales en el mercado del consumo cultural, del ocio y del turismo. En esa línea, los museos no pueden escapar a las presiones para que actúen como mediadores entre la política, las poblaciones locales y los turistas (Kirshenblatt 1998). Y así, bajo las condiciones de la globalización, se demanda a los museos que contribuyan al establecimiento de mecanismos de fijación y de sujeción de las poblaciones locales que, de otra manera, escaparían al control de las élites políticas locales (Appadurai 1996). En esa tesitura, sería cuanto menos ingenuo reducir la problemática de las redes de museos a cuestiones técnico-administrativas, obviando el hecho de que, desde una perspectiva política, las redes son inevitablemente articuladas para una mejor garantía de control político-institucional. Paradójicamente, en una época de identidades híbridas y efímeras, sectores relevantes de las sociedades locales no esperan de sus museos que sean el reflejo del mestizaje, el pluralismo o el multiculturalismo, sino baluartes de las “auténticas” tradiciones culturales locales. Bajo estos presupuestos, es obvio que el tutelaje político es consustancial a los sistemas de redes de museos.

Pero en el contexto de la globalización, con sus reales y ficticias amenazas de uniformización cultural, entre los profesionales de los museos

está creciendo la preocupación por lo que muchos vienen denominando la “disneyzación” de las ofertas museísticas. Atravesando tipos, naturaleza y alcance temático, es notorio que muchos museos están sucumbiendo a la “macdonaldización” del consumo cultural, en especial bajo el síndrome de los parques temáticos y las más genéricas pero asfixiantes presiones para demostrar su viabilidad económica (Ritzer and Liska 1997). Y no deja de ser sintomático que, a la par que se les exige que sirvan de plataforma identitaria de las élites locales, éstas evalúen a los museos por su rendimiento económico y por “objetivo” criterio del número de visitantes. De tal forma que a los museos se les exige que sean, simultáneamente rentables como los parques temáticos al tiempo que “serios” como instituciones de alta cultura. Pero es ciertamente pretenciosa la aspiración de que una misma institución forme parte de la industria del ocio y el turismo, sea económicamente rentable, sirva de mecanismo de legitimación político-ideológico, sea depositaria del patrimonio cultural y, finalmente, de al menos la apariencia de establecer autónomamente su propia política cultural.

Sin embargo, los peligros de la disneyzación de los museos, no residen sólo en la generalización de los sistemas de gestión o de la imposición de la rentabilidad económica. Esto, ciertamente, son aspectos de evidente importancia pero, sin duda, no son especificidades del mundo de los museos. La disneyzación, en tanto que fenómeno de uniformización de las ofertas museísticas a escala internacional y su inserción en las políticas de comercialización de los patrimonios culturales locales, es una cuestión que sobre todo remite a la homogeneización de las culturas expositorias. Así, estos procesos ponen de manifiesto la progresiva desaparición de muchas “culturas”

museísticas –en los terrenos de la catalogación de fondos y colecciones, de las museografías, de la gestión administrativa, de las didácticas...–, que sucumben a la estandarización de las exposiciones y de las actividades museísticas con el objetivo de ganar público mediante una oferta que les resulte familiar y autocomplaciente. Todas esas “culturas” museísticas han sido el resultado de la decantación histórica de muy diferentes tipos de colecciones, de enfoques disciplinares y políticas de representación en los, a su vez, muy distintos contextos territoriales y culturales (Bennett 1998; Carbonell 2004; Greenberg et al. 1996). Pero esas “culturas” están dejando paso a la mimesis tanto de las políticas de marketing como de las estrategias expositivas. Así, bajo la apariencia de distintividad, que preside los enfoques de muchos museos locales, recurriendo a la exaltación de las particularidades de sus colecciones, se oculta el reiterativo uso de los mismos planteamientos museográficos, de las mismas estructuraciones temáticas y de los mismos recursos expográficos y expositivos. En otros términos, la macdonaldización de los museos es un fenómeno tanto de generalización de los sistemas de gestión empresarial y de su orientación al consumo cultural y turístico como de “clonación” de sus estrategias museográficas y expositivas.

No sorprende, entonces, que esté tan extendida la creencia de que la presentación de las culturas locales –en particular por medio de una selección de sus específicas culturas materiales– es suficiente por sí misma para contrarrestar la tendencia general a la uniformización cultural. Ciertamente, se muestra lo local como lo diferente, pero se cae poco en la cuenta en el hecho de que para mostrar lo diferente se recurre a los mismos sistemas de representación. Lo que se consigue así es, justamente, el efecto contrario a lo

perseguido; esto es, la imitación de los sistemas de representación en los museos locales es, precisamente, la principal causa de que todos parezcan iguales. Así, todas las culturas locales, de hecho alejadas territorialmente y con dinámicas históricas y socioculturales muy diversas, aparecen como compartiendo un “aire de familia”. Las culturas rurales, las historias locales, las temáticas, la estructuración de los discursos y narrativas, todas parecen responder a un mismo patrón. Pero ese patrón no es consecuencia de los paralelismos socioculturales –reales o forzados– sino el resultado del efecto de homogeneización derivado del uso de las mismos tipos de narrativas y discursos expositivos. Por lo tanto, un peligro oculto en las iniciativas de redes de museos locales estriba en la aceptación acrítica de que compartir los mismos sistemas de representación remite sólo a un mero intercambio de técnicas y recursos expositivos. Sin embargo, es razonable pensar que si los museos locales quieren compartir recursos al tiempo que salvaguardar sus particularidades locales y temáticas, la adopción de una museografía “uniformizada” no debiera figurar en la agenda de esa colaboración.

En contra de lo que intuitivamente parece evidente, lo que otorga distintividad a los museos locales no estriba tanto, con ser sin duda relevante, en la exclusividad de sus colecciones como en su capacidad para mostrar éstas de forma singular y, por extensión, de la impronta que puedan incorporar a su propia museografía. Si las redes de museos tienen entre sus objetivos servir al pluralismo en la oferta museística, territorial y temáticamente, han de valorar y propiciar las culturas museográficas locales. En esa línea, la imposición de una museografía “universalista” no hará sino acentuar el mimetismo cultural. Por el contrario, los museos locales no tienen porqué seguir circuns-

Museo

Redes de museos: conexiones y enredos.

critos a seguir presentando lo territorialmente peculiar con arreglo a lo que es apreciado y demandado globalmente —especialmente por la industria turística— sino, más bien, mostrar lo global desde perspectivas que sean local y culturalmente significativas. Es posible que así lo museos locales no terminen siendo meros simulacros para turistas, a los que los nativos visiten también como turistas, sino instituciones a las que los turistas acudan porque sean significativas para los locales.

Por último, en los debates sobre las redes de museos, es sin duda una cuestión de primera importancia, la contribución que éstas pueden hacer a las políticas de normalización e intercambio de información sobre fondos y colecciones. Aunque entre los que han avanzado en este terreno ya han puesto de manifiesto algunos efectos “perversos” de la normalización de datos en los museos, la mayoría de los museos en nuestro contexto sociocultural siquiera se han planteado seriamente incorporarse al proceso de normalización de datos sobre fondos y colecciones.

En este terreno, no disponer de un sistema compartido de intercambio de información sobre los fondos y colecciones sigue impidiendo a los museos disponer de sistemas de gestión más óptimos y eficaces y, al tiempo, merman su cometido de proporcionar al público toda la información pertinente sobre su patrimonio cultural. Las redes de museos locales, y por extensión todas las instituciones vinculadas al patrimonio cultural, se beneficiarían claramente mediante el establecimiento del consenso necesario para compartir protocolos de normalización e intercambio de datos. Diversas iniciativas para establecer estos consensos han mostrado ya las ventajas de la adopción de los sistemas de metadatos para la gestión de los fondos de museos e instituciones del patri-

monio cultural (Callery 2004). Pero, por similares razones que en las consideraciones anteriores, este objetivo no debiera traducirse en la imposición de un igualmente uniformado sistema de gestión de colecciones. Aquí, generalmente siempre se piensa en programas informáticos que supuestamente dan respuesta a todos los problemas en el manejo de todos los tipos de museos, a toda la variedad de colecciones y a todas las necesidades de catalogación. También en este punto, la supervivencia de las diferentes “culturas” museográficas no es meramente una cuestión de respeto, sino una estrategia para la garantía del pluralismo y la creatividad en los museos. Dicho en términos más romos, no se trata de imponer los mismos programas informáticos, sino de establecer las plataformas necesarias para que, al margen de los sistemas de gestión que cada museo utilice, el intercambio de información entre museos y su uso público pueda lograrse.

Por demás, aparte de sus beneficios técnico-documentales, las iniciativas de normalización e intercambio de datos entre museos pueden contribuir eficazmente a la real difusión y disfrute público de las colecciones. Los muy nombrados pero poco implementados recursos para el control social de la gestión del patrimonio cultural custodiado por los museos tendrían así un importante avance. En esa línea, por tanto, el consenso sobre los sistemas de metadatos relativos a las colecciones de museos no es estrictamente una demanda para una mejor gestión y publicidad, sino una herramienta tanto para la democratización de los usos sociales del patrimonio como para su fiscalización pública. En fin, que en el terreno de la colaboración entre museos hay que desenredar para que las redes puedan efectivamente establecer conexiones.

Referencias bibliográficas.

APPADURAI, ARJUN
1996. *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis and London: University of Minnesota Press.

BENNETT, TONY
1997. *The Birth of Museum: History, Theory, and Politics*. London and New York: Routledge.

BOSWELL, DAVID AND EVANS, JESSICA (EDS.)
1999. *Representing the Nation: A Reader. Histories, Heritage and Museums*. London and New York: Routledge.

BOUQUET, MARY (ED.)
2000. *Academic Anthropology and the Museum*. New York and Oxford: Berghahn Books.

CALLERY, BERNADETTE G. (ED.)
2004. *Collaborative Access to Museum Collection Information: Seeing Through the Walls*. Binghamton: The Harworth Information Press.

CARBONELL, BETINA MESSIAS (ED.)
2004. *Museum Studies: An Anthology of Contexts*. Malden, Oxford, Carlton: Blackwell Publishers.

GREENBERG, REESA, FERGUSON, BRUCE W. AND NAIRNE, SANDY (EDS.)
1996. *Thinking about Exhibitions*. London and New York: Routledge.

HALLAM, ELIZABETH AND STREET, BRIAN V. (EDS.)
1999. *Cultural Encounters: Representing 'Otherness'*. London and New York: Routledge.

KIRSHENBLATT-GIMBLETT, BARBARA
1998. *Destination Culture: Tourism, Museums, and Heritage*. Berkeley, Los Angeles and London: The University of California Press.

LATOURE, BRUNO
2000. "On recalling ANT". En John Law and John Hassard (Eds.), *Actor Network Theory and After*. Oxford: Blackwell Publishers.

RITZER, GEORGE AND LISKA, ALLAN
1998. "'McDisneyzation' and 'Pos-Tourism: Complementary Perspectives on Contemporary Tourism'". In Chris Rojek and John Urry (Eds.), *Touring Cultures: Transformations of Travel and Theory*. London and New York: Routledge.